

TRES CLAVES

para una Metáfora Histórica

POR JULIO RAMÓN PITA

GÉNERO: ARTÍCULO

Tenía que ser epílogo de milenio -y por añadidura fin del siglo más paradigmático de la Historia-, para que a los cubanos nos llegara con aspecto de ancianidad lúcida el espíritu de tolerancia, de conciliación, de introspección y de rescate de valores, y de amor genuino a una condición humana que NO puede clasificarse y mucho menos amarse de veras a partir de un lenguaje de confrontación. Tenía que ser Cuba una isla mágica por la desproporción entre su tamaño y la enorme gravedad humanística que ejerce en el mundo, -y tenía El que ser nada menos que Juan Pablo Segundo, el vicario de Cristo nacido en tierras lejanas, para que ambos salieran en busca de una cita inevitable, como obedeciendo a un plan de la Post-Modernidad. ¿Tropo de lo trascendental? ¿Acaso una metáfora poética forjada por la Historia? Sin dudas, y más aún: toda una fábula de la contemporaneidad política si atendemos a lo extraordinario en sí del acontecimiento, es decir, al hecho de que el Predicador se presentó en el nombre de Cristo ante un pueblo que estuvo sujeto a las normas de un Estado Ateo por algo más de tres décadas, para ganar inobjetablemente su afecto en apenas ciento veinte horas.

Más, la metáfora escrita en Cuba no nos concederá enteramente su sentido, si la osadía no alcanza para pretender entenderla en serio; porque ella misma ha nacido del riesgo y exige por tanto el riesgo de preguntarse si hay un Antes y un Después a su aparición, y demanda además -tal vez como impuesto de relevancia-, que el pensamiento corra la aventura de la recapitulación honesta en la búsqueda de claves clarificadoras.

Repárese entonces, para comenzar, en la penosa existencia de una palabreja nombrada «Embargo», útil para decir «Te morirás», diplomáticamente; útil para hacer de la riqueza un garrote vil; útil para compulsar a los que no tienen opciones y útil, sobre todo esto, para elaborar la retórica justificativa de un expediente incivilizado. Pero, ¿podría llegar a ser legítimo, por obra y gracia del monopolio de la comunicación, aquello que es «injusto y éticamente

inaceptable»? NO, definitivamente no. Y es «NO» hasta el cosmos, porque el hombre de nuestra metáfora hoy no tiene igual como autoridad religiosa y moral y él quiso estar en Cuba bloqueada, y porque se propuso dictar aquí, en la trascendencia del momento, la sentencia final de ilegitimidad para los cercos echados sobre el cálculo del hambre y la peste. Clave número uno.

Juan Pablo trae paz, Juan Pablo trae amor, trae lo diferente anhelado, decía la gente antes del veintiuno de enero, la gente tan proféticamente cómplice, en el conocimiento de que con su sola presencia él propiciaría un principio de tolerancia religiosa y política, porque, en virtud de la grandeza peregrina, nos llegaría la hora de escuchar palabras disonantes al pensamiento autorizado, dichas en las mayores plazas públicas del país, sin que afortunadamente el palo y la cabilla fueran la receta obligada de contestación. Literalmente hablando, con él aprendimos a oír de acuerdo con el más absoluto respeto cívico por lo distinto y aún lo contrario, y lo que es más importante: entre todos logramos interrumpir la mentalidad sistemática y semiaceptada de apaleamiento a la manifestación NO coincidente, que tanto ha empobrecido el espíritu nacional. ¿Representa él, entonces, un punto de inflexión para la mentalidad política interna? Puede que sí y puede que no. Pero sería sumamente interesante apostar por ello, considerando cuán sorprendente suele resultar la importancia histórica asignada a «una primera ocasión». Hágase espacio, pues, a la clave número dos.

Ahora, sea una vez más, por consabida, la dichosa regla de que los hechos

históricos constructivos requieren de cierto distanciamiento temporal, para que podamos empezar a evaluar sus consecuencias trascendentales. Y, sin embargo, aún con tan poco almanaque, ya hoy es perfectamente apreciable el alud de provecho debido a la visita del Santo Padre.

«Que Cuba se abra al Mundo y el Mundo se abra a Cuba», sentenció él, y, en el breve lapso de los diez días posteriores a su partida, nuestra situación respecto al exterior sufrió modificaciones estratégicas. De repente, ya teníamos la decisión guatemalteca de restablecer las relaciones diplomáticas con Cuba, a ello sucedió la importante visita del canciller ecuatoriano José Ayala Lasso al frente de una delegación de hombres de negocios de su nación, y, por último, el gobierno dominicano anunciaba la apertura de una oficina consular en La Habana. Más recientemente nos tocó conocer del generoso indulto penal concedido en el país, del anuncio estadounidense sobre el levantamiento de algunas de las medidas instrumentadas contra nuestra isla, y hasta de la solución del prolongado diferendo diplomático que sostenían Cuba y España. Es sencillamente como si la Historia que nos concierne, una vez tocada por Juan Pablo, estuviera empeñada en cumplir las expectativas del hombre extraordinario que ora y obra en favor de Liborio. Tercera clave, sin lugar a dudas, aún cuando algún que otro necio irreparable nos diga: «mera casualidad», en su naufragio por el mundo que desentiende.

De vuelta a la alegoría inicial, podría antojársenos el desprendimiento de afecto hacia Juan Pablo Segundo como un curioso testimonio de infalibilidad de la intuición nacional, pues, para nuestro mérito, supimos distinguir la condición del peregrino verdadero... porque desciframos el apotegma de «Conciencia y Paciencia» inscrito en la cirílica entonación de su voz, y porque, desde el primer instante, reconocimos al hombre llamado a modificar rutas históricas sobre la base del respeto y el diálogo. □

Premios